

SEGUNDA PARTE

UN GRAN HOMBRE DE PROVINCIAS EN PARÍS

Ni Luciano, ni la señora de Bargetón, ni Gentil, ni Albertina, la camarera, hablaron nunca de los acontecimientos de aquel viaje; pero es de creer que la presencia continua de los criados debió contribuir á que fuese un tanto insípido, sobre todo para un enamorado que esperaba disfrutar de todos los placeres de un raptó. Luciano, que viajaba en posta por la primera vez de su vida, quedó asombrado al ver que de Angulema á París podía gastarse la suma que él destinaba para vivir todo un año. Como los hombres que unen las gracias de la infancia á la fuerza del talento, cometió la tontería de expresar su sencillo asombro ante cosas que resultaban nuevas para él. Un hombre debe estudiar mucho á una mujer antes de dejarle ver sus emociones y sus pensamientos tal cual se producen en su interior. Una amada tan cariñosa como grande sonríe ante ciertas puerilidades y las comprende; pero por poca vanidad que tenga, no perdonará nunca el que su amante se haya mostrado niño, vano ó pequeño. Muchas mujeres emplean tal exageración en su culto, que quieren encontrar siempre un dios en su ídolo; mientras que las que quieren á un hombre por sí solo, adoran tanto sus pequeñeces como sus grandezas. Luciano no había adivinado aún que el amor de la señora de Bargetón estaba basado en el orgullo, y cometió la majadería de no tratar de explicarse ciertas sonrisas que dejó escapar Luisa por el camino cuando Luciano se dejaba llevar de sus alegres asombros de ratón salido de su agujero, en lugar de contenerlos.

Los viajeros llegaron antes de amanecer á la fonda del Gaillard-Bois, situada en la calle de la Echelle. Los dos amantes estaban tan cansados, que Luisa quiso, ante todo, acostarse, y lo hizo, aunque no sin haber ordenado á Luciano que pidiese un cuarto sobre la habitación que ella ocupaba. Luciano durmió hasta las cuatro de la tarde. La señora de Bargetón le mandó llamar para comer, y el poeta, al saber la hora, se vistió precipitadamente y fué á unirse con Luisa á uno de esos innobles cuartos que son la vergüenza de París, donde, á pesar de tantas pretensiones á la elegancia, no existe aún una sola fonda en que el viajero pueda encontrar las comodidades de su casa. Aunque tuviese aún ante los ojos esa especie de nube que deja un brusco despertar, Luciano no reconoció á su Luisa en aquel cuarto frío, sin sol, cuyo suelo era miserable y cuyos muebles todos estaban usados y viejos y eran de mal gusto. Hay ciertas personas que no tienen el mismo aspecto ni el mismo valor una vez separadas de las figuras, de las cosas y de los lugares que les sirven de escenario. Las fisonomías animadas tienen una especie de atmósfera que les es propia y que necesitan, como necesitan el claroscuro los cuadros flamencos para la vida de las figuras que ha colocado en ellos el genio de los pintores. A los provincianos, en general, les pasa casi siempre esto. Además, la señora de Bargetón pareció más digna y más pensativa de lo que debía estarlo en un momento en que comenzaba una aventura sin trabas. Luciano no podía quejarse: Gentil y Albertina les servían; pero la comida no tenía ya aquel carácter de abundancia y de bondad esencial que distingue á la vida provinciana. Los platos que les sirvieron salían de un hotel vecino, estaban mal presentados y denotaban la pobreza de la fonda. París no tiene nada de agradable, en lo que á esto se refiere, para las personas que sólo gozan de mediana fortuna. Luciano esperó el fin de la comida para interrogar á Luisa, cuyo cambio le pareció inexplicable; y el poeta no se engañaba, pues durante su sueño había ocurrido un acontecimiento grave, y decimos acontecimiento, porque las reflexiones son los acontecimientos de la vida moral.

A eso de las dos de la tarde, Sixto del Chatelet se había presentado en la fonda, había hecho despertar á Albertina, le manifestó que deseaba hablar con su ama, y luego volvió sin darle apenas tiempo á la señora de Bargetón de que

hiciera su tocado. Nais, cuya curiosidad fué tanto más excitada por la singular aparición del señor del Chatelet, cuanto que creía estar bien escondida, le recibió á eso de las tres de la tarde.

—La he seguido á usted arriesgándome á recibir una reprimenda de mis jefes, porque preveía lo que le ocurre—le dijo Chatelet saludándola;—pero ojalá perdiese mi empleo antes que verla á usted perdida.

—¿Qué quiere usted decir?—exclamó la señora de Bargetón.

—Veo claramente que ama usted á Luciano—repuso con aire resignado,—pues es preciso amar mucho á un hombre para no reflexionar nada y para olvidar todas las conveniencias, conociéndolas como usted las conoce. ¿Cree usted, acaso, querida y adorada Nais, que será usted recibida en casa de la marquesa de Espard ni en ningún salón de París cuando se sepa que se ha escapado usted de Angulema con un joven, y sobre todo después del duelo de su marido con el señor de Chandour? La estancia del señor de Bargetón en Escarbas tiene todas las trazas de una separación, toda vez que, en caso semejante, las gentes *comme il faut* comienzan por batirse por sus mujeres, y las dejan libres después. Ame usted al señor de Rubempré, protéjale, hagan todo lo que quieran, pero no vivan juntos. Si alguien supiese aquí que han hecho ustedes el viaje en el mismo coche, sería usted incluida en el índice por el mismo mundo que usted pretende frecuentar. Por otra parte, Nais, no debe usted hacer esos sacrificios por un joven á quien no ha podido aún comparar con nadie, que no ha sido sometido á ninguna prueba y que puede olvidarla á usted por alguna parisiense, si cree á ésta más útil que usted para sus ambiciones. Yo no quiero perjudicar al que usted ama; pero permítame que me fije más en los intereses de usted que en los de él y que le diga: «¡Estúdiele! ¿Se ha dado usted exacta cuenta de toda la importancia de su paso?» Si encuentra usted las puertas cerradas, si las mujeres se niegan á recibirla, al menos que le quede á usted la seguridad de que aquel por quien hace tantos sacrificios ha de ser siempre digno y la ha de comprender. La señora de Espard es tanto más gazmofia y severa, cuanto que está separada de su marido, sin que el mundo haya podido averiguar la causa de su separación; pero los Navarreins, los Blamont-

Chauvry, los Lenoncourt y todos sus parientes la han rodeado, y las mujeres más elegantes van á su casa y la acogen con respeto. A la primera visita que usted le haga, ya verá cómo reconoce usted la exactitud de mis opiniones, y yo, que conozco París, puedo decirle que la marquesa tendría un gran disgusto si supiese que estaba usted en la fonda del Gaillard-Bois con el hijo de un boticario, por muy señor de Rubempré que éste sea. Tendrá usted aquí rivales mucho más astutas y maliciosas que Amelia, las cuales no dejarán de saber de dónde es usted, lo que es, de dónde viene y lo que hace. Ya veo que usted contaba con el incógnito; pero usted es una de esas personas para las que el incógnito no existe, porque ¿no encontrará usted gente de Angulema en todas partes? Ya los diputados del Charente que vienen á la apertura de las Cámaras, ya el general que está en París con licencia, ó bien un vecino cualquiera de Angulema bastará para atormentar su vida haciéndola pasar por la querida de Luciano. Si me necesita usted para cualquier cosa, estoy en casa del recaudador general, en la calle del arrabal Saint-Honoré, á dos pasos de la casa de la señora de Espard. Conozco bastante al general de Carigliano, á la señora de Serizy y al presidente del Consejo, para presentarla; pero verá usted tanta gente en casa de la señora de Espard, que no creo tenga necesidad de mí, y lejos de desear ir á tal ó cual salón, supongo que será usted deseada en todas partes.

Chatelet pudo hablar sin ser interrumpido por la señora de Bargetón, la cual quedó sobrecogida ante la exactitud de sus observaciones. La reina de Angulema había contado, en efecto, con el incógnito, y al ver éste descubierto, dijo llena de dudas:

—Tiene usted razón, querido amigo; pero ¿qué hacer?

—Déjeme usted buscarle un piso conveniente y amueblado—respondió Chatelet,—y así hará usted una vida menos cara que la de las fondas, estará usted en su casa, y, si quiere usted crearme, debe usted dormir en ella esta noche.

—Pero ¿cómo ha sabido usted mi dirección?

—Su coche era fácil de reconocer, y, además, yo lo seguía. En Sevres, el postillón que la traía á usted le dió su dirección al mío. ¿Me permite usted que sea su secretario de órdenes? Le escribiré á usted muy pronto para decirle en dónde la he albergado.

—Está bien; obre usted como guste—le contestó ella.

Estas palabras no parecían nada, y eran todo. El barón del Chatelet había hablado en la lengua del gran mundo á una mujer del gran mundo, se había presentado vestido con elegancia verdaderamente parisiense y había ido á verla en un bonito cabriolé. Por casualidad, la señora de Bargetón se había puesto á la ventana para reflexionar acerca de su situación, y había visto salir al viejo petimetre. Algunos instantes después, Luciano, que despertó bruscamente y se vistió á toda prisa, se presentó delante de su amada con su pantalón de mahón del año pasado y su vieja levitilla. Estaba guapo, pero ridículamente vestido. Vestido de aguador al Apolo del Belvedere ó al Antinous, y ya veréis cómo no reconocéis en él á la divina creación del cincel grecoromano. Los ojos comparan antes que el corazón haya rectificado ese rápido juicio maquinal, y el contraste entre Luciano y Chatelet fué demasiado brusco para que no llamase la atención á Luisa. Cuando la comida hubo terminado, á eso de las seis de la tarde, la señora de Bargetón hizo señas á Luciano de que la siguiese á un mal canapé donde ella se había sentado, y le dijo:

—Luciano mío, ¿no opinas que hemos hecho una locura que nos perjudica por igual y que es preciso reparar? Querido mío, no debemos vivir juntos en París, ni dejar sospechar á nadie que has hecho el viaje conmigo. Tu porvenir depende en mucho de mi posición, y yo estoy obligada á velar por ella. Así es que, desde esta noche, me iré á vivir á algunos pasos de aquí; tú te quedarás en esta fonda, y así podremos vernos todos los días sin que nadie tenga nada que decir.

Luisa explicó las leyes del mundo á Luciano, el cual abrió unos ojos tamaños como platillos. Sin saber que las mujeres que se arrepienten de sus locuras se arrepienten también de su amor, comprendió que ya no era el Luciano de Angulema, pues Luisa no le hablaba ya más que de ella, de sus intereses, de su reputación y del mundo; y, para excusar su egoísmo, intentaba hacerle creer que obraba así por su bien. Pero Luciano no tenía ningún derecho sobre Luisa, no tenía tampoco ningún poder sobre ella, lo cual era más grave; así es que no pudo contener dos gruesas lágrimas que brotaron de sus ojos.

—Si yo soy su gloria, usted es aún más para mí, porque

es mi única esperanza y constituye todo mi porvenir. He creído que si usted participaba de mis éxitos, debía participar también de mi infortunio, y he aquí que ya nos separamos.

—Cuando usted juzga mi conducta, es porque ya no me ama—le dijo Nais bruscamente.

Pero Luciano la miró de una manera tan dolorosa, que la amante no pudo menos de decirle:

—Queridito mío, me quedaré si tú quieres, y así nos perderemos los dos permaneciendo sin apoyo. Pero cuando nos veamos igualmente miserables y rechazados por el mundo; cuando los fracasos, pues hay que preverlo todo, nos hayan desterrado á Escarbas, acuérdate, amor mío, de que he previsto este fin y que te propuse la victoria obedeciendo, ante todo, á las leyes del mundo.

—Luisa—le respondió Luciano abrazándola,—me asusta verte tan juiciosa; piensa que soy un niño y que me he abandonado por completo á tu capricho. Yo quería triunfar de los hombres y de las cosas á viva fuerza; pero si puedo lograrlo antes con tu ayuda que solo, me consideraré muy feliz debiéndote toda mi fortuna. Perdóname; te amo demasiado para no temer lo todo. Para mí, una separación es la precursora del abandono, y el abandono es la muerte.

—Pero, hijito mío, ¡si el mundo te pide muy poca cosa! —le respondió Luisa.—Dormirás aquí únicamente; pero el resto del día lo pasarás en mi casa, sin que nadie tenga nada que decir.

Unas cuantas caricias más acabaron de calmar á Luciano. Una hora después, Gentil entregó á su ama una carta en la que le comunicaba Chatelet que le había encontrado una habitación en la calle Nueva del Luxemburgo. Después de indagar la situación de esta calle, que no estaba muy distante de la calle de la Echelle, la señora de Bargetón dijo á Luciano:

—Seremos vecinos.

Dos horas más tarde, Luisa subió á un coche que le enviaba Chatelet para trasladarse á su casa. El piso, que era uno de esos que amueblan los tapiceros para alquilarlos á diputados neos ó á grandes personajes que sólo van á París por una temporada, era suntuoso, pero incómodo. Luciano volvió á eso de las once de la noche á su fondita del Gaillard-Bois, sin haber visto de París más que la parte de la

calle de Saint-Honoré comprendida entre la calle Nueva del Luxemburgo y la calle de la Echelle, y se acostó en su miserable alcoba, sin poder evitar la comparación entre ésta y la magnífica habitación de Luisa. En el momento en que salía de casa de la señora de Bargetón, el barón del Chatelet entraba, vestido con gran lujo, de vuelta del baile dado en casa del ministro de Estado, para darle cuenta de las diligencias que había hecho por ella. Luisa estaba inquieta y asustada ante el lujo de su casa. Las costumbres de provincia habían acabado por contagiarla, haciéndola meticulosa en sus cuentas y tan amante del orden, que en París iba á pasar por avara. Nais llevaba consigo veinte mil francos, y como destinaba esta suma á cubrir el excedente de sus gastos durante cuatro años, temía ya no tener bastante y contraer deudas. Chatelet le comunicó que el piso no le costaba más que seiscientos francos mensuales.

—Una miseria—dijo el barón al ver el movimiento de sorpresa que hizo Nais.—Por quinientos francos más al mes tiene usted á sus órdenes un coche, y todo junto sólo asciende á la suma de cincuenta lises. Luego, sólo tendrá usted que ocuparse del vestido y del tocado. Una mujer que frecuenta el gran mundo no puede gastar menos. Si quiere usted lograr una buena plaza para el señor de Bargetón, tiene usted que procurar no aparecer miserable, porque aquí sólo se dan los cargos á los ricos. Y gracias que ha traído usted á Gentil y á Albertina, porque los criados cuestan enormemente en París. Por lo que atañe al comer, rara vez lo hará usted en su casa, una vez lanzada en el gran mundo.

La señora de Bargetón y el barón hablaron de París, y éste le contó las nuevas del día, las mil insignificancias que deben saberse, so pena de no estar en París; dió consejos á Nais acerca de los almacenes donde debía proveerse, indicándole á Herbault para las tocas, á Julieta para los sombreros y capotas, y dándole la dirección de la costurera que debía reemplazar á Victorina; le hizo notar la necesidad de *desangulemarse*, y luego se retiró, diciendo con petulancia:

—Mañana, seguramente que tendré algún palco para algún teatro, y vendré á buscarla á usted y al señor de Rubempré, porque supongo que me permitirán ustedes que les haga los honores de París.

—Es más generoso de lo que yo me creía—se dijo la señora de Bargetón al ver que invitaba á Luciano.

En el mes de Junio, los ministros no saben qué hacer de sus palcos; los diputados y sus conocidos más exigentes están en el campo ó de viaje, y, por lo tanto, en esta época, la mayor parte de los teatros de París reciben huéspedes heteróclitos que los asiduos no vuelven á ver más y que dan al público cierta semejanza con una sillería usada. Chatelet había pensado que, gracias á esta circunstancia, podría procurar á Nais una de las diversiones que tanto gustan á los provincianos, sin gastar mucho dinero. Al día siguiente, Luciano, que iba á ver por primera vez á Luisa, no encontró á ésta en su casa. La señora de Bargetón había salido para algunas diligencias indispensables: había ido nada menos que á celebrar consejo con las graves é ilustres autoridades en materia de tocado y de indumentaria que le recomendara Chatelet, pues había comunicado ya su llegada á la marquesa de Espard. Aunque la señora de Bargetón tuviese esa confianza en sí misma que da el ejercicio del poder, temía parecer provinciana, y sin embargo de tener bastante tacto para saber lo mucho que influyen las primeras impresiones en la amistad de las mujeres, y aunque se sintiese con fuerza para no tardar en ponerse al nivel de las mujeres superiores como la marquesa de Espard, comprendía que para empezar necesitaba benevolencia, y, sobre todo, no quería carecer de ningún elemento de éxito; así es que le agradeció mucho á Chatelet el que le hubiese indicado los medios de ponerse al unísono con el gran mundo parisiense. Por una feliz casualidad, la marquesa se hallaba en una situación que contribuía á que ella deseara vivamente hacer un favor á alguna persona de la familia de su marido. Sin causa aparente, el marqués de Espard se había retirado del mundo y no se ocupaba ni de sus negocios, ni de la política, ni de la familia, ni de su mujer. Pasando así á ser dueña de sí misma, la marquesa veía la necesidad de ser aprobada por el mundo, y se sentía feliz ante la idea de poder reemplazar al marqués en esta circunstancia, constituyéndose en protectora de su familia. Al efecto indicado, la de Espard iba á ejercer con ostentación su patronato, á fin de hacer más evidentes las faltas de su marido, y el mismo día que supo la llegada de Luisa, escribió á la señora de Negrepelisse de Bargetón una de esas encantadoras cartitas cuya forma es

tan bonita, que se necesita mucho tiempo para reconocer su falta de fondo.

«Bendecía la circunstancia que le aproximaba una persona de la familia, de quien ella había oído hablar y á quien deseaba conocer, toda vez que las amistades de París no eran lo suficientemente sólidas para que ella no deseara tener alguien á quien querer en la tierra; añadiendo, que si esto no tenía lugar, sería una ilusión más sepultada entre otras muchas. Después se ponía enteramente á disposición de su prima, advirtiéndole que ya hubiera ido á verla, á no haber sido porque una indisposición le impedía salir; pero que, de todos modos, le agradecía en el alma que se hubiese acordado de ella.»

Durante su primer vagabundo paseo á través de las calles de París, Luciano, como todos los recién llegados, se ocupó mucho más de las cosas que de las personas. En París, lo que primero llama la atención son las masas: el lujo de las tiendas, la altura de las casas, la afluencia de cosas y las constantes oposiciones entre un lujo extremo y una extrema miseria, sorprenden ante todo. Admirado de aquella multitud, á la cual él era extraño, aquel hombre de imaginación sufrió una inmensa disminución de sí mismo. Las personas que gozan en provincias de una consideración cualquiera, y que encuentran á cada paso una prueba de su importancia, no pueden acostumbrarse á esa pérdida total y repentina de su valor. Ser algo en su tierra y no ser nada en París, son dos estados que exigen transiciones; los que pasan demasiado bruscamente de uno á otro, caen en una especie de anonadamiento. Para un poeta joven que encontraba un eco para todos sus sentimientos, un confidente para todas sus ideas y un alma que participaba de sus menores sensaciones, París iba á ser un espantoso desierto. Luciano no había ido á buscar su levita buena; de manera que se sintió molesto al notar la ruindad y mal estado de su traje cuando se encaminaba á casa de la señora de Bargetón, á una hora en que debía encontrarse en ella. Al llegar, ya estaba allí el barón del Chatelet, quien los llevó al Rocher de Cancale. Luciano, aturdido de la rapidez y de la vertiginosa vida de París, no podía decir nada á Luisa, porque estaba con ellos Chatelet; pero cuando iban en el coche, le estrechó la mano, y ella respondió amistosamente á todos los pensamientos que él expresaba de aquel modo. Después de comer, Cha-

Chatelet llevó á sus dos convidados al Vaudeville. Luciano sentía un secreto descontento con la presencia de Chatelet, y maldecía la casualidad que le había llevado á París. El director de contribuciones atribuyó su viaje á su ambición, diciendo que esperaba ser nombrado secretario general de una administración y entrar luego como relator del Consejo de Estado, é iba á pedir cuenta de las promesas que le habían sido hechas, pues un hombre como él no podía quedar de director de contribuciones, siéndole preferible no ser nada ó presentarse á diputado y entrar en la diplomacia. El barón se crecía, y Luciano, apenado y avergonzado de deberle una atención, reconocía vagamente en aquel guapo viejo la superioridad del hombre de mundo, avezado á la vida parisiense. Allí donde el poeta se encontraba azorado y molesto, el antiguo secretario de órdenes se hallaba como el pez en el agua. Chatelet se sonreía de las dudas, del asombro, de las preguntas y de las faltas que el poco hábito arrancaba á su rival, y se burlaba de él como los viejos lobos marinos se burlan de los principiantes. El placer que sentía Luciano al ver por primera vez un teatro en París, compensó el disgusto que le causaban sus confusiones. Aquella noche fué notable, porque durante ella repudió secretamente una gran cantidad de sus ideas acerca de la vida provinciana. El círculo se ensanchaba y la sociedad tomaba otras proporciones. La vecindad de algunas bonitas parisienses, cuidadosa y elegantemente vestidas, le hizo notar la vejez y la poca gracia de las ropas de la señora de Bargetón, y observó que, aunque ésta no iba mal vestida, sus telas, sus hechuras y sus colores no estaban de moda. El peinado, que tanto le seducía en Angulema, le pareció horrible comparado con los delicados inventos que ostentaba cada mujer.

—¿Pensará seguir vistiéndose de ese modo?—se dijo el poeta, sin saber que el día había sido empleado por Nais en operar una transformación.

En provincias no hay elección ni comparación posibles: la costumbre de ver las fisonomías les da una belleza convencional. Una mujer que pasa por bonita en provincias, en París no llama para nada la atención, y su hermosura de antes sólo llega á comprenderse mediante la aplicación de aquel proverbio que dice: *En tierra de ciegos, el tuerto es rey*. Los ojos de Luciano empezaban á hacer la comparación que la señora de Bargetón había hecho la víspera entre él y

Chatelet. La señora de Bargetón, por su parte, se permitía extrañas reflexiones acerca de su amante. A pesar de su rara belleza, el pobre poeta carecía de desenvoltura. Su levita, cuyas mangas eran demasiado cortas, sus malos guantes de provincias y su chaleco le hacían prodigiosamente ridículo al lado de los jóvenes del proscenio, tanto, que la señora de Bargetón llegó á sentir piedad por él. Chatelet, ocupado de Luisa sin pretensiones y velando por ella con un cuidado que denotaba una profunda pasión, Chatelet, elegante y en su ambiente como actor que vuelve á pisar las tablas de su teatro, ganaba en dos días el terreno que había perdido en seis meses. Aunque el vulgo no admite el cambio brusco de sentimientos, lo cierto es que los amantes tardan menos tiempo en separarse que en unirse. Lo mismo en la señora de Bargetón que en Luciano se preparaba un desencanto cuya causa era París, y lo mismo que á los ojos de Luisa tomaba la sociedad un nuevo color, la vida crecía á los ojos del poeta. Lo mismo una que otro, sólo necesitaban un accidente para romper los lazos que les unían. Este hachazo, terrible para Luciano, no se hizo esperar mucho tiempo. La señora de Bargetón dejó al poeta en su fonda y volvióse á su casa acompañada de Chatelet, lo cual desagradó muchísimo al pobre enamorado.

—¿Qué van á decir de mí?—pensaba Luciano mientras se encaminaba á su triste vivienda.

—Ese pobre muchacho es sumamente aburrido—dijo Chatelet, sonriéndose, cuando la portezuela del coche estuvo cerrada.

—Como todos aquellos en que germina un mundo de pensamientos en el corazón y en la cabeza. Los hombres que tienen tantas cosas que expresar por medio de hermosas obras incubadas largo tiempo, sienten cierto desprecio por la conversación, comercio en que el ingenio mengua al convertirse en monada—dijo la altiva Negrepelisse, que tuvo valor para defender á Luciano, más bien que por éste, por sí propia.

—Convengo gustoso en lo que usted dice—repuso el barón,—pero hay que tener en cuenta que nosotros vivimos con las personas y no con los libros. Mire usted, querida Nais, veo con satisfacción que aun no hay nada entre usted y él. Si usted se decidiese á comunicar á su vida un interés de que ha carecido hasta ahora, se lo suplico, no lo haga usted con ese pretendido hombre de genio. Si usted se en-

gañase, si al compararlo, dentro de algunos días, con los verdaderos talentos, con los hombres notables que va usted á conocer, reconociese usted, hermosa sirena mía, que había usted remolcado á un mono sin modales, sin alcances y que podrá tener talento en el Houmeau, pero que parece en París sumamente ordinario, ¿qué le parecería á usted? Después de todo, no olvide que aquí se publican todas las semanas tomos de versos, el peor de los cuales vale más que todas las poesías del señor Chardón. ¡Por favor! espere usted y compare. Mañana viernes hay ópera—añadió viendo que entraba ya el coche en la calle Nueva de Luxemburgo, —y la señora de Espard, que dispone del palco de los primeros hidalgos de la Cámara, la llevará á usted, sin duda. Para verla á usted brillar, yo iré al palco de la señora de Serizy. Se dan *Las Danaides*.

—Adiós—le dijo Luisa.

Al día siguiente, la señora de Bargetón se puso un traje de mañana apropiado para ir á ver á su prima la señora de Espard. Hacía un poco de frío, y entre todas sus anticuallas de Angulema no encontró nada mejor que un cierto traje de terciopelo verde guarnecido de una manera bastante extravagante. Luciano, por su parte, sintió la necesidad de ir á buscar su famosa levita azul, pues le había tomado asco á la que llevaba, y quería ir siempre bien vestido, por si encontraba á la marquesa de Espard ó tenía que ir á su casa de improviso. A fin de trasladar inmediatamente á la fonda su maleta, tomó un fiacre, y en dos horas gastó tres ó cuatro francos, lo cual le dió mucho que pensar acerca de las proporciones financieras de la vida parisiense. Después de haber llegado al grado superlativo del vestir, el poeta se trasladó á la calle Nueva del Luxemburgo y se encontró con Gentil en el umbral de la puerta.

—Señorito, ahora iba á su casa: la señora me enviaba á entregarle esta carta—dijo Gentil, que no conocía las fórmulas del respeto parisiense, acostumbrado como estaba á la franqueza de las costumbres provincianas.

Luciano rompió el sobre y leyó una carta en la que la señora de Bargetón le comunicaba que pasaba el día en casa de la marquesa de Espard y que por la noche iría á la Ópera, pero le advertía que fuese también él, toda vez que su prima la marquesa cedería con gusto un asiento en el palco al joven poeta.

—¿De modo que me ama?—se dijo Luciano.—Mis temores son infundados. ¿Cómo, si no, me presentaría esta misma noche á su prima?

Esto diciendo, saltó de alegría, y deseando pasar alegremente el tiempo, se dirigió á las Tullerías con intención de pasearse por allí hasta la hora en que iría á comer á casa de Very. He ahí, pues, ya á Luciano brincando, saltando y lleno de ventura, que desemboca en la terraza y la recorre examinando á los paseantes, á las mujeres bonitas con sus adoradores y á los elegantes que van de bracerero saludándose unos á otros con una mirada al pasar. ¡Qué diferencia entre aquella terraza y Beaulieu! Los pájaros de aquel magnífico paraje eran mucho más bonitos que los de Angulema. Aquello era todo el lujo de colores que brilla en las familias ornitológicas de las Indias ó de América, comparado con los colores grises de los pájaros de Europa. Luciano pasó dos horas crueles en las Tullerías, porque durante ellas reflexionó acerca de sí mismo y se juzgó. En primer lugar, no vió de levita á ninguno de aquellos jóvenes elegantes. Si veía con levita á alguna persona, ésta era algún anciano ó algún pobre diablo. Después de haber reconocido que había un traje de mañana y otro de tarde, el poeta de emociones vivas y de mirada penetrante reconoció la fealdad de su vestido y los defectos que hacían ridícula su levita, cuyo corte había pasado de moda, cuyo color azul era impropio, cuyo cuello carecía de gracia, cuyos faldones resultaban irregulares y cuyas arrugas formaban fatales líneas blancas. Además, su chaleco era demasiado corto y la forma tan grotescamente provinciana, que para ocultarla se abrochó bruscamente la levita. Por fin, no veía llevar pantalones de mahón más que á las gentes comunes. Las personas *comme il faut* llevaban delicadas telas de fantasía ó lo blanco siempre irrepachable. Por otra parte, todos los pantalones eran largos y se adaptaban perfectamente á los talones de las botas, mientras que los suyos eran un poco cortos y denotaban violenta antipatía por su calzado, á causa de la cinta interior que los ribeteaba. Luciano llevaba una corbata blanca con puntas bordadas por su hermana, la cual, después de haber visto una al señor de Hautoy, se había apresurado á hacer otra semejante para su hermano; pero no sólo no llevaba nadie corbata blanca, á excepción de los hombres de edad, sino que el pobre poeta vió pasar, al otro lado de la reja, á un depen

diente de comercio que llevaba un cesto en la cabeza y que usaba una corbata semejante á la suya, bordada, sin duda, por las manos de alguna modistilla adorada. Al ver esto, Luciano se desconcertó y creyó recibir un golpe en el corazón; ese órgano mal definido donde se refugia nuestra debilidad y adonde se llevan los hombres la mano en medio de los grandes goces ó de los excesivos dolores. ¡No tachéis de pueril este relato! Es cierto que para los ricos que no han conocido nunca esta clase de sufrimientos habrá aquí algo de increíble y mezquino; pero no olvidemos que las angustias de los desgraciados merecen tanta atención como las crisis que revolucionan la vida de los poderosos y de los privilegiados de la tierra. Además, ¿no sufren igualmente unos que otros y no lo agranda todo el sentimiento? Finalmente, cambiad los términos, y en lugar de un traje más ó menos bonito, figuras que se trata de una condecoración, de una distinción, de un título. ¿No han amargado estas pequeñeces á muchos hombres opulentos? La cuestión del traje es, por otra parte, enorme para aquellos que quieren parecer tener lo que no tienen, porque muchas veces este medio es el mejor para poseer más tarde lo que se desea. Luciano sintió su frente bañada por un sudor frío al pensar que por la noche iba á comparecer, vestido de aquel modo, delante de la marquesa de Espard, la parienta de un primer hidalgo de la cámara del rey, delante de una mujer á cuya casa iban las eminencias de todo género.

—Parezco el hijo de un boticario, de un verdadero hortera—se dijo con rabia al ver pasar á los graciosos y elegantes jóvenes de las familias del arrabal Saint-Germain, los cuales tenían todos maneras propias que les hacían semejar por la finura de los contornos, por la nobleza del porte y por el aire de sus caras.

En efecto, todos hacían resaltar sus gracias mediante una especie de coquetería que entienden tan bien como las mujeres los jóvenes de París. Luciano tenía de su madre las preciosas distinciones físicas cuyos privilegios brillaban á sus ojos; pero este oro aún no había sido pulido. Sus cabellos estaban mal cortados. En lugar de mantener su cara levantada mediante una flexible ballena, se sentía sepultado en un feo cuello de camisa; y como su corbata no ofrecía resistencia, le permitía inclinar tristemente la cabeza hacia adelante. ¿Qué mujer hubiese adivinado sus bonitos pies

dentro de las toscas botas que había traído de Angulema? ¿Qué joven hubiese envidiado su bonito talle oculto bajo aquel saco azul que él había considerado hasta entonces como levita? Todos aquellos elegantes hidalgos iban maravillosamente enguantados, mientras que él llevaba guantes de gendarme. Este jugaba con un precioso bastón; aquél llevaba bonitos gemelos de oro. Hablando con una mujer, el uno retorció un encantador latiguillo, y los pliegues abundantes de su pantalón, y sus brillantes espuelas, y su levitilla ajustada demostraban que iba á montar en uno de los dos caballos que sostenía un criadito pequeño como el puño. Otro sacaba del bolsillo del chaleco un reloj del grueso de un duro y miraba la hora como hombre que se había anticipado ó retrasado á la hora de la cita. Mirando aquellas bonitas bagatelas que Luciano no sospechaba siquiera, se le apareció el mundo de las superfluidades necesarias, y tembló al pensar que era preciso un capital enorme para ejercer el estado de gomoso. Cuanto más admiraba á aquellos jóvenes de aspecto feliz y desenvuelto, más conciencia tenía de su aire extraño, del aire del hombre que ignora adónde va á parar el camino que sigue, que no sabe dónde se encuentra el palacio real cuando ya está tocándolo y que pregunta dónde está el Louvre á un transeunte que le responde: «¡Ya está usted en él!» Luciano se veía separado de aquel mundo por un abismo, y llevado de su afán de parecerse á aquella esbelta y delicada juventud parisiense, se preguntaba por qué medios podría franquearlo. Todos aquellos patricios saludaban á mujeres esbeltas y divinamente hermosas; mujeres por uno de cuyos besos se hubiese dejado hacer picadillo Luciano, como el paje de la condesa de Konismarck. En las tinieblas de su memoria, Luisa, comparada con aquellas soberanas, se destacaba como una vieja. Luciano vió allí algunas de esas mujeres que pasaron á la historia del siglo XIX, y cuyo talento, belleza y amores han de ser tan célebres como los de las reinas de la antigüedad. Admiró á una muchacha sublime, á la señorita de Touches, tan conocida por el nombre de Camilo Maupin, escritora eminente, tan grande por su belleza como por su talento, y cuyo nombre era repetido en voz baja por los paseantes y por las mujeres.

—¡Ah!—se dijo Luciano.—¡He ahí la poesía!
¿Qué era la señora de Bargetón comparada con aquel án-

gel resplandeciente de juventud, de esperanza y de porvenir, de cariñosa sonrisa, y cuyos ojos negros eran vastos como el cielo y ardientes como el sol? La escritora reía mientras hablaba con la señora Firmiani, que era una de las mujeres más encantadoras de París. Una voz gritó á Luciano que la inteligencia es la palanca con que se remueve el mundo; pero otra voz le dijo que el punto de apoyo de la inteligencia era el dinero, y no queriendo permanecer en medio de sus ruinas y en el propio teatro de su derrota, se encaminó al palacio real, después de haber preguntado dónde se hallaba, pues ignoraba la topografía de su barrio. Después, entró en casa de Very, y para iniciarse en los placeres de París, pidió una comida que le consolase de su desesperación. Una botella de vino de Burdeos, ostras de Ostende, pescado, una perdiz, macarrones y frutas constituyeron el *non plus ultra* de sus deseos. El poeta saboreó su cena pensando en dar pruebas de talento aquella noche delante de la marquesa de Espard y en disimular la mezquindad de su extraño traje desplegando sus riquezas intelectuales. Fué sacado de sus sueños por el importe de su cuenta, que consumió los cincuenta francos con que él creía poder hacer milagros en París. Aquella comida equivalía á un mes de vida en Angulema; así es que traspuso respetuosamente la puerta de aquella fonda, proponiéndose no volver á poner nunca más los pies en ella.

—Eva tenía razón—se dijo el joven encaminándose á su casa para tomar dinero;—los precios de París no son los del Houmeau.

Mientras caminaba, admiró las tiendas de los sastres, y al pensar en el lujo que había visto aquella mañana, exclamó:

—No, lo que es yo no me presento de esta facha delante de la marquesa de Espard.

Y corriendo con la velocidad del ciervo á la fonda del Gaillard-Bois, subió á su cuarto, tomó cien escudos y volvió á trasladarse á la calle del Palacio Real para vestirse de pies á cabeza. En esta calle había visto zapateros, camiseros y sastres, en cuyas tiendas esperó convertirse en elegante. El primer sastre que visitó le hizo probar tantas levitas como quiso, y le persuadió de que todas eran de última moda. Luciano salió de su casa vistiendo una levita verde, un pantalón blanco y un chaleco de fantasía por la suma de

doscientos francos. No tardó mucho tiempo tampoco para encontrar unas botas muy elegantes para su pie. Por fin, después de haber hecho provisión de todo lo que necesitaba, dió orden á un peluquero de que se trasladase á su casa, adonde cada comerciante llevó su mercancía, y á las siete de la noche tomó un fiacre y se hizo conducir á la Opera, peinado como un San Juan de procesión y perfectamente vestido, pero un poco molesto con aquel traje que llevaba por primera vez. Siguiendo la recomendación de la señora de Bargetón, preguntó por el palco de los primeros hidalgos de la Cámara, y al ver á un hombre cuya elegancia posita le hacía parecerse á un hortera vestido de señor, el portero le pidió el abono.

—No lo tengo—dijo.

—Pues, entonces, no puede usted entrar—objetó secamente el portero.

—Es que soy de la sociedad de la señora de Espard.

—Nosotros no estamos obligados á saber eso—le contestó el empleado, que no pudo menos de cambiar una imperceptible sonrisa con sus compañeros los acomodadores.

En este momento se detuvo un coche bajo el peristilo, y un lacayo abrió la portezuela de un cupé, de donde salieron dos mujeres elegantemente vestidas. Luciano, que no quiso que el portero le hiciese alguna impertinente advertencia, se echó á un lado para dejar paso á las dos mujeres.

—Pero, caballero, ¿si esta dama es la señora de Espard, á quien pretende usted conocer!—dijo el portero irónicamente á Luciano.

Luciano quedó tanto más azorado, cuanto que la señora de Bargetón parecía no reconocerle con su nuevo traje; pero al abordarla, Luisa le sonrió, y le dijo:

—La cosa va á las mil maravillas; venga usted.

El portero y sus compañeros recobraron su seriedad, y Luciano siguió á la señora de Bargetón, la cual, al mismo tiempo que subía la escalera de la Opera, hizo la presentación del señor de Rubempré á su prima. El palco de los primeros hidalgos es el que se encuentra en uno de los techos salientes del fondo del teatro, y desde él se ve todo y es uno visto de todas partes. Luciano se puso detrás de la señora de Bargetón, en una silla, muy contento de permanecer en la sombra.

—Señor de Rubempré—dijo la marquesa con cariñosa